CAPÍTULO VIII

La Anunciación.

Así amó Dios al mundo que le dió su Hijo Unigénito. Así nos amó el Unigénito de Dios que se hizo hombre por salvarnos. Cuando á la luz de la santa fe, y con los sentimientos de la humildad cristiana, pensamos en la Encarnación de nuestro Señor Jesucristo, la inteligencia en vez de discurrir, se siente como detenida y escucha una voz que le dice: Contempla la bondad infinita de Dios, y su sabiduría que nadie alcanza, y su virtud omnipotente. ¿Quién ha conocido los designios del Señor, añade esa voz, ó quién fué su consejero? Y la humildad cristiana inclina nuestra frente hasta el suelo y nos hace exclamar: ¡Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, cuán incomprensibles son

sus juicios, cuán inescrutables sus caminos! Estos caminos son misericordia y verdad.

Dios; su grandeza es infinita, y ninguna inteligencia criada puede comprenderla. El es inmutable y eterno; su felicidad es perfectísima, y la gloria de su santo nombre nunca palidece ni puede amortiguarse. Delante de ese Dios altísimo, perfecto, Sér necesario que tiene en sí mismo la razón de su existencia, todas las naciones son como si nada fuesen. El es santísimo y aborrece infinitamente el pecado; y nosotros somos por naturaleza hijos de ira; y sin embargo de esto Dios inclina su inconmutable deidad hasta nosotros: así se nos muestra infinita su bondad. Quedamos sin poder decir una palabra; mas ¿no se abrirán nuestros labios para bendecirla y adorarla? Excede toda bendición y se eleva sin medida alguna sobre toda alabanza. El se bendiga, y se alabe, y sea dichosísimo en su propia gloria. Admirados y como fuera de nosotros mismos al ocuparnos en estos pensamientos, quisiéramos tener el corazón de todas las criaturas y ponerlo á los pies de nuestro Dios querido en ofrenda de amor y gratitud á su bondad inmensa; mas nunca pagaríamos el don excelentísimo con que aquella bondad se dignó enriquecernos en Jesucristo nuestro Señor. Jesucristo, El será nuestra ofrenda siempre agradable á los ojos del Eterno y de un valor infinito.

El Hijo de Dios se hizo hombre por salvarnos, y mediante el consejo de su sabiduría infinita tomó la naturaleza humana en unidad de persona. Solamente su infinita sabiduría pudo hallar en sus riquísimos tesoros la conciliación, si así pudiéramos llamarla, entre la justicia y la misericordia, para que no quedasen vulnerados los derechos de la primera, ni fuese impedido á la segunda derramar sobre los hombres sus bondades. Pone Dios sobre su Hijo inocentísimo todas nuestras culpas, le condena á la muerte por nosotros; y por los méritos de Jesús, se digna concedernos el perdón.

La bondad de Dios es infinita, y su sabiduría profundísima y enteramente incomprensible: ¿qué podremos decir de su virtud omnipotente? Lo que dijo en su cántico divino la Madre del Señor: Hizo alarde el Eterno, del poder de su brazo. ¿Quién podrá volver puro al que de impura simiente fué concebido? ¿quién si no Tú solo (1)? y el Hijo de Dios purificó al hombre de la culpa con el precio de su sangre; descubriendo en esto que nada resiste á su poder divino, como nada se oculta á su sabiduría infinita. Bendito sea mil veces.

El Verbo de Dios se hizo carne. En el consejo de Dios desde la misma eternidad decretada estaba la Encarnación del Hijo del Altísimo; y

(1) Job, XIV, 4.

también desde la eternidad, ese Hijo divino había elegido entre todas las hijas de Adán la que había de ser su santa Madre. Esta fué María, preservada de todo pecado y enriquecida con todas las virtudes de los cielos: la más santa y humilde de todas las criaturas, atrajo á su bendito seno al Verbo de Dios, igual al Padre y un solo Dios con El. Hemos llegado á la bellísima región de la gracia de Dios y de su misericordia con los hombres.

Aquella bondad amabilísima de Dios que hemos contemplado hace un instante y su sabiduría profundísima, y su virtud á que nada resiste, derraman torrentes de vida, de luz y de amor en el seno inmaculado de María; y el Verbo de Dios se hace carne..... ¡Cuánta grandeza y hermosura! todo es sublime, divino, encantador; y ese misterio á pesar de su profundidad que nadie puede sondear, se halla envuelto, penetrado de purísima luz, y se nos presenta cual viva y ardorosa llama de un amor infinito. Si queremos contemplarle más de cerca, oiremos una voz que nos dice: Deja el calzado, y advierte que la tierra que pisas es santa. Con pensamientos de cielo y con afectos de serafines, debemos ocuparnos en el misterio de la Encarnación.

Pedía el orden que la unión del Hijo de Dios con la Virgen sacratísima le fuese anunciada, para que antes de concebirlo en su seno, lo supiera su espíritu; para que tuviera una noticia

más cierta de ese gran misterio, una vez que ya había sido instruída en él por parte de Dios, para que María ofreciese al Eterno el presente voluntario de su obediencia, y se manifestase el matrimonio espiritual entre el Hijo de Dios y la naturaleza humana, cuyo consentimiento tendría que darse por medio de María (1).

Lo que acabamos de decir descúbrenos en la Anunciación de María, una belleza encantadora; y como pudieron decir los Padres de la Iglesia que la plenitud del espíritu de María había fecundizado su seno virginal.

María llena estaba de la gracia divina; y era en Ella tan santa y admirable esa gracia que al desbordarse en su bendito seno lo consagró, cual santuario purísimo y hermoso, á la gloria del Espíritu divino; santuario en que había de morar el Hijo de Dios. ¿Qué inteligencia podrá comprender la plenitud y la energía de la bienhechora y altísima gracia que Dios comunicó á la Virgen dichosísima que había elegido para Madre suya y para comunicar por Ella las riquezas de su misericordia á todos los hombres?

Dios eleva á su futura Madre, en virtud de la gracia de que hablamos, á una región inaccesible aun á los serafines; y allá en la cumbre de toda grandeza, brilla la incomparable y celestial María con la luz y la hermosura de toda

(1) 3, p. q. XXX, a. 1.

perfección; y cuanto hay de honor, de dignidad y mérito, de gracia y gloria, en Ella lo encontramos (1).—En medio de tanta grandeza y entre los resplandores de su gloria, es para todos amable y consoladora, trono de sabiduría, río de clemencia, rayo de la Deidad, dice san Bernardo, y no hay quien esté privado de la saludable influencia de su amor dulcísimo (2).

Hizo Dios, por medio de su ángel, que María supiese su elección á la Maternidad divina; y al saberlo le ofreció el riquísimo presente, voluntario y meritorio de su obediencia con estas palabras: Hé aquí la esclava del Señor. Si es una esclava como en realidad lo es, ¿porqué no se le impone sencillamente la obediencia? Porque la benignidad de Dios nuestro Señor le inclina con una condescendencia incomprensible hacia María. Todo es amor, y dulzura, para con esa Niña que se dignó preferir á las demás criaturas, designándola desde la misma eternidad para Madre de su Verbo.—Dios le revela el gran sacramento de piedad, oculto á los siglos y generaciones, y que habrá de realizarse en su bendito seno, para dar lugar al mérito y al reconocimiento de esta inmaculada y santísima Niña. Dios pedía su voluntad, su libre y amoroso consentimiento; y María lo da, no sólo por

(1) S. Laur. Justin. De cast. conn. cap. 9.
(2) Super Salve Regina.

lo que á Ella se refiere, sino también en lugar de toda la naturaleza humana. Siendo esto así, podemos exclamar: ¡Cuánto es lo que á María debemos! Nos ha unido consigo en el acto más solemne de su vida; y mediante estas sus palabras: Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra, el Hijo de Dios se desposó con la naturaleza humana; y cada uno de los hombres en particular, puede decir al Verbo del Padre: Sois mi hermano. El es nuestra cabeza y nosotros los miembros de su cuerpo; nos comunica las influencias de su gracia; y su Espíritu divino derrama la caridad de Dios en nuestros corazones.

La naturaleza humana ha sido elevada por el consentimiento de María, sobre toda grandeza criada; y el Hijo de Dios nos llevará, al subir á los cielos, hasta la diestra del Padre. ¿Qué poder, ó que impenetrable misterio existe en aquellas palabras de María? ¿Por ventura ha comunicado Dios nuestro Señor su virtud omnipotente á esta humilde y sacrosanta Virgen al pronunciar su *fiat* divino; pues se inclinan los cielos, Dios desciende del seno de su Padre, y los hombres se elevan al Empíreo? ¡Oh poder incomparable de María! Y su grandeza se eleva hasta el trono del Señor. Bendito sea mil veces quien quiso sublimarla sobre todas las demás criaturas.

Estando unidos con María al dar su consen-

timiento para la maternidad divina, Dios tendrá que reinar en nuestros corazones; y no somos ya sino de Aquel que se unió con nosotros en el misterio de su Encarnación; y en el sentido que vamos explicando, pertenecemos al Hijo de Dios y nos unimos con su Majestad por medio de María: por lo mismo todo lo debemos á esta santa Virgen.

María al presentarse delante de Dios déjase ver llena de gracia, resplandeciente de virtudes que inclinan hacia Ella el corazón de Dios; mas la santa Niña lleva consigo á los hijos de Adán pecadores y llenos de miserias; el Señor por su infinita bondad, detiene sus miradas en María, y de nuevo la colma de divina gracia: El Espíritu santo vendrá sobre tí; y esta gracia al desbordarse del seno de María cae sobre nosotros, perdona nuestras culpas y nos hace agradables á los ojos del Señor. Tal era el pensamiento de Bernardo; por esto si Ella cree, creemos con Ella nosotros; y nos comunica su confianza en Dios; y hace que ardamos en las llamas del amor divino en que Ella misma se abrasa.

Como una madre lleva en su seno con ternura inmensa al hijo que ha de dar á luz; así también lo hace María con nosotros cuando al presentarse delante de Dios para dar su consentimiento, nos lleva consigo á fin de alcanzarnos la luz de la gracia y la esperanza de la vida eterna. Ella es, por lo mismo, después de Jesu-

cristo, toda la razón de nuestra esperanza; y la unión que con Ella tenemos es fuente inagotable de santísimas delicias. ¿Por qué no preferirla á los reinos y á los tronos, á las riquezas y á las piedras preciosas? Todo el oro respecto de María no es más que menuda arena; y á su vista la plata será tenida por lodo. ¿Por qué no amarla más que la salud y la hermosura; por qué no seguir el resplandor de su luz encantadora y celestial? Todos los bienes nos han venido juntamente con Ella, y hemos recibido por su medio innumerables riquezas: nos ha hecho participantes de la amistad de Dios (1). No amarla sería una ingratitud muy grande, sería nuestra desgracia. El amor que Dios la tiene, su santidad incomparable, su perfecta hermosura y todas las gracias que la adornan, obligan para con Ella nuestro amor. Además, allí están los incontables beneficios que sin cesar se digna dispensarnos; y allí también está el amor que nos tiene, sincero y generoso que no han llegado á extinguir todas nuestras faltas. ¡Ah! Dios quiere que la amemos; así nos lo pide la excelencia de María; así lo exige nuestro propio interés; y así también el corazón nos dice: Amadla; después de un instante, ese corazón volviéndose á María, exclama: Yo te amo con todos mis afectos, y en seguida, como enagenado, de-

(1) Sap. VII, 8, 14, 14.

rrama su cariño á los pies de la sagrada Virgen.

Otra vez ponemos los ojos en el bellísimo cuadro de la Anunciación, y vemos que un nuevo rayo de luz lo ilumina, descubriéndonos en él encantos y bellezas que arrebatan nuestra admiración.

El Angel Gabriel se proponía al anunciar á la Virgen santísima llamar su atención sobre el gran misterio de que era mensajero; y por eso al saludarla emplea tan sublimes y hermosas palabras, descubriendo en ellas, la idoneidad de María para concebir, pues estaba llena de gracia; y expresó que concebiría, añadiendo que el Señor estaba con Ella; y le descubrió el honor incomparable que le había de traer la Maternidad divina; y por esto la dijo que era bendita entre las mujeres.—Gabriel proponíase instruirla en el misterio de la Encarnación, revelándole la concepción del Hijo de Dios en sus entrañas; y que daría á luz al Deseado de los collados eternos, cuya dignidad es infinita. Trataba en fin ese Angel, de inclinar á la Virgen santísima á que diera su consentimiento; y para esto le pone el ejemplo de Isabel, y le habla de la omnipotencia del Señor (1).

Nadie puede comprender el amor de Dios á su querida Niña. Dios, cual si pudiese olvidar

(1) Q. XXX, a. IV

que es el Señor de todo lo criado, y que su providencia divina todo lo gobierna; así lleva adelante el gran misterio de su amor. No manda como soberano; mas sólo descubre su santa voluntad, pero ¿de qué manera? Le dirige una salutación amorosísima y llena de bondad; hace que desfilen por decirlo así delante de María una en pos de otra las glorias y grandezas que le tiene preparadas, ó que ya le ha concedido: la plenitud de la gracia, la presencia de Dios en su alma inocentísima, la bendición del cielo que la exalta y engrandece sobre todas las mujeres, el Espíritu divino que sobre Ella tendrá que descender, la virtud del Altísimo que la ha de cubrir con su sombra, El Hijo que ha de salir de sus entrañas virginales y que será llamado Hijo de Dios..... ¡Oh grandeza del amor divino á María! Cual si temiese Aquel en cuya mano está el corazón de las criaturas, que la Virgen santísima negara su consentimiento, así la estrecha con los más poderosos motivos para obtenerlo; y sin embargo, Dios sabía que su amada Niña cifraba todas sus delicias en cumplir su voluntad divina; ¿por qué, pues, esa magnificencia tan inexplicable, de bondad y gracia, y esa inclinación tan asombrosa, y las insinuaciones de la más delicada ternura para obtener el consentimiento de María? Un momento; y los cielos y la tierra penden de María, esperan sus palabras, y el Hijo de Dios la dice: Abreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, inmaculada mía y purísima..... Todo esto nos prueba la incomparable grandeza del amor que Dios la tiene; porque sólo el amor puede realizar tan grandes maravillas; se olvida de sí mismo y hace cuanto puede por quien ama. No se contenta con lo indispensable para conseguir lo que desea; más siempre se muestra espléndido en sus dones, y sublime y glorioso en todos sus designios. Así se mostró en el misterio de la Anunciación. Se dice en los Cantares: Nuestra hermana es pequeña..... ¿Qué haremos con ella el día en que se le haya de hablar de su desposorio? Si es como un muro edifiquémosle encima baluartes de plata; si es como una puerta reforzémosla con tablas de cedro (1). María es la hija predilecta del Eterno Padre, y estaba destinada para Madre de su Verbo, y era la esposa del Espíritu divino: por esto Dios no se contenta con defenderla, cubriéndola con inexpugnables baluartes, y reforzándola con tablas de cedro; sino además, la hace sombra con su virtud divina; el Espíritu santo desciende sobre Ella y la enriquece con todos sus tesoros, y el Hijo de Dios la escoge por su Madre.

Así ama Dios á la más santa y perfecta de todas sus criaturas, así le muestra su cariño inmenso. Bendición y gloria al Dios altísimo por

(1) VIII, 8, 9.

las maravillas de su amor divino realizadas en favor de María.—Vos también, oh Niña preciosa, seais mil veces bendita por el amor que Dios os tiene, por vuestra sumisión y rendimiento á su santa voluntad, y por la gloria inmensa que le disteis al contestar al Angel: Hágase en mí según tu palabra.

CAPÍTULO IX

La Madre de Dios.

En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. El estaba en el principio en Dios. Por El fueron hechas todas las cosas, y sin El no ha sido hecha cosa alguna de cuantas han sido hechas. En El estaba la vida y la vida era la luz de los hombres. Y el Verbo se hizo carne; y habitó en medio de nosotros, y nosotros hemos visto su gloria, gloria cual debía recibirla el Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (1).

Majestad soberana que todo lo rinde, virtud omnipotente, luz de claridad inextinguible, encantadora y celestial belleza. ¡Qué palabras tan

(1) Joann. I, 1-4, 14.